



Sáb
13
Dic
2014

Evangelio del día

Segunda Semana de Adviento

Hoy celebramos: Santa Lucía (13 de Diciembre)

“Elías ya ha venido y no lo reconocieron ”

Primera lectura

Lectura del libro del Eclesiástico 48, 1-4.9-11b

En aquellos días, surgió el profeta Elías como un fuego,
sus palabras quemaban como antorcha.
Él hizo venir sobre ellos hambre,
y con su celo los diezmó.
Por la palabra del Señor cerró los cielos
y también hizo caer fuego tres veces.
¡Qué glorioso fuiste, Elías, con tus portentos!
¿Quién puede gloriarse de ser como tú?
Fuiste arrebatado en un torbellino ardiente,
en un carro de caballos de fuego;
tú fuiste designado para reprochar los tiempos futuros,
para aplacar la ira antes de que estallara,
para reconciliar a los padres con los hijos
y restablecer las tribus de Jacob.
Dichosos los que te vieron
y se durmieron en el amor.

Salmo de hoy

Sal 79, 2ac y 3b. 15-16. 18-19 R/. Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve

Pastor de Israel, escucha,
tú que te sientas sobre querubines, resplandece.
Despierta tu poder y ven a salvarnos. R/.

Dios del universo, vuélvete:
mira desde el cielo, fíjate,
ven a visitar tu viña.
Cuida la cepa que tu diestra plantó,
y al hijo del hombre que tú has fortalecido. R/.

Que tu mano proteja a tu escogido,
al hombre que tú fortaleciste.
No nos alejaremos de ti:
danos vida, para que invoquemos tu nombre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 17, 10-13

Cuando bajaban del monte, los discípulos preguntaron a Jesús:
«¿Por qué dicen los escribas que primero tiene que venir Elías?».

Él les contestó:

«Elías vendrá y lo renovará todo. Pero os digo que Elías ya ha venido y no lo reconocieron, sino que han hecho con él lo que han querido. Así también el Hijo del hombre va a padecer a manos de ellos».

Entonces entendieron los discípulos que se refería a Juan el Bautista.

Reflexión del Evangelio de hoy

El Libro del Eclesiástico nos habla hoy, en correspondencia con el Evangelio, de Elías. El Profeta que, nueve siglos antes de Cristo, según la tradición, había sido arrebatado por un carro de fuego al cielo (Cfr. Il rey 2,11) y volvería otra vez a la tierra antes de la venida gloriosa del Mesías, para preparar su recibimiento declarando lo puro y lo impuro, lo que acerca o aleja. “He aquí que yo les enviaré a Elías, el profeta, antes de que llegue el día del Eterno, el día grande y terrible” (Mal 3,23).

El relato evangélico tiene lugar una vez que Jesús se ha transfigurado y, en unión de los discípulos que le acompañan, ha bajado del Monte Tabor. El clima es propicio para la confianza y la intimidad, y es cuando se atreven a preguntar a Jesús por lo que también a ellos les preocupaba: “¿Por qué dicen los letrados que primero tiene que venir Elías?” La respuesta es clara y tajante: ‘Tienen razón, pero sólo en parte. Porque Elías, en principio, ya ha venido; en segundo lugar, él mismo se equipara a Elías por la misión que desarrolla’. Y nosotros podríamos añadir: Elías no es el problema. El problema está en reconocer los signos de los tiempos y saber interpretarlos, no literalmente, sino espiritual y realmente.

Elías y Juan Bautista

El Profeta Elías surgió como fuego, como antorcha, como luz. Por tres veces hizo bajar fuego del cielo. Pues bien, “Elías -contestó Jesús a sus discípulos- ya ha venido y no lo reconocieron”. “Entonces entendieron los discípulos que se refería a Juan el Bautista”.

Juan gozó en su tiempo de la autoridad y convicción que tuvo Elías en el suyo, pero entre la gente sencilla, entre los que iban, con sinceridad, a escucharle. Juan, como antes Elías, nunca perdió los papeles, creyéndose lo que no era. Lo de Elías y lo de Juan era anunciar al que iba a llegar, preparar el camino, cambiar los corazones.

En el desierto, Juan, más que hablar, gritaba. Pero, más que con la garganta y los labios, gritaba con su vida. Su misma vida era una provocación inequívoca para que todos pudieran llegar a la veracidad de sus palabras. Y les hablaba de la conversión porque el Reino de Dios estaba muy cerca. Y, ante ese Reino, había que abandonarlo todo como caduco y viejo. Pero, no le hicieron caso. Al final murió en la cárcel.

Elías, Jesús y nosotros

Y cuando Jesús, contestando a sus discípulos, dice: “Así también el Hijo del hombre va a padecer a manos de ellos”, está comparándose con Elías y con Juan. La misión de Jesús es continuar y dar cumplimiento a lo dicho por Elías y por Juan el Bautista. Y, como sabemos, tampoco le hicieron caso.

Nosotros ya no podemos, como los discípulos, tener dudas sobre el papel de Elías, sobre el de Juan y sobre el de Jesús. Por eso, en lugar de preguntarle ‘al bajar del monte’ sobre la veracidad de lo que dicen los Escribas, le preguntamos sobre el Reino, sobre el seguimiento, sobre la misión, sobre el sentido de la vida. No nos importa tanto la tradición sobre Elías cuanto la Palabra y el rostro de Dios mostrado por Jesús.

Lo nuestro hoy, como lo de Santa Lucía en el siglo IV, cuya memoria celebramos, fue y es ser luz e iluminar, una vez que nosotros hemos recibido esa luz. De Lucía, virgen y mártir de Siracusa, cuenta la tradición cómo, apresada y torturada en la persecución del Emperador Galerio, por ser fiel a su Dios, le sacaron los ojos corporales mientras le florecían los del espíritu por los que siguió viéndose en las manos del Padre hasta que en ellos descansó. Lo nuestro es, siendo luz para nosotros, proyectar esa luz con nuestra vida iluminando, liberando, sanando y expulsando maldades y demonios. Que este sea nuestro modo de ser Adviento, de anunciar y preparar el terreno.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Santa Lucía

Virgen y mártir

Siracusa (Italia), 13 de diciembre del 303 ó 304

Su nombre significa Luminosa y ello ya ha dado pie a tanta bella consideración en torno a que quien llevara ese nombre estuviera ilustrada con la doble corona de la virginidad y el martirio. Ha dado pie también a que la invoquen quienes tienen problemas de la vista o son ya ciegos, cuyas organizaciones la han elegido por celestial patrona.

Su existencia histórica y su martirio en Siracusa son históricamente seguros, pero los particulares de su martirio nos llegan en unas actas que no son auténticas y que por tanto no reflejan la historia, sino la imaginación de quienes, por echar de menos unas actas sinceras, llenaron el hueco con el producto de su fantasía. Y, como en todos los casos similares, nos resulta imposible discernir el fondo histórico que pueda haber en ellas.



El día de su martirio fue el 13 de diciembre. Como no hay por qué dudar de que fuera en la persecución de Diocleciano, la fecha será el año 303 ó 304. El lugar de su martirio Siracusa, donde su culto ya era practicado en el siglo IV, según confirma la inscripción hallada en 1894 en las catacumbas de San Juan, de Siracusa, y en la que se dice que la joven Eusquia había muerto en el día de «mi señora Lucía». Y consta por las obras de San Gregorio Magno que en el siglo VI había en Siracusa un monasterio dedicado a la santa.

El martirio se sucedió como sigue: Detenida Lucía y llevada ante el prefecto Pascasio, confesó sin ambages la fe en Cristo, y las amenazas no sirvieron para echarla atrás. El prefecto la amenazó con llevarla a una casa de prostitución, contestando Lucía que, cuando el alma no consiente, la profanación del cuerpo no afecta a la persona. Los esbirros que deberían haberla llevado al prostíbulo no lograron moverla. Entonces se la untó de pez y se la metió en una hoguera, pero, como ella había anunciado, al apagarse las llamas resultó ella estar intacta. La muchedumbre quedó asombrada y muchos comenzaron a plantearse si hacerse cristianos. El prefecto decidió acabar: mandó que le fuera acribillada la garganta con una espada. Así culminó su glorioso martirio y entregó su alma al Señor.

Hay una tradición, entre otras diferentes, según la cual el año 1038 el cuerpo de la santa fue trasladado a Constantinopla, de la cual, en 1204 y por manos de los cruzados, fue trasladado a Venecia, donde se venera.

José Luis Repetto Betes